

Revista de Filosofía, N° 25, 1997 - 1, pp. 17-36

## El modo de ser persona en la teoría zambranianiana

### The Way to be Human in Zambranian Theory

*Ermila M. Pinto Yépez*  
*Universidad del Zulia*  
*Maracaibo - Venezuela*

#### Resumen

Este artículo muestra las reflexiones que sobre Filosofía Política propone María Zambrano en su libro *Persona y Democracia*; y, más concretamente, estudia una categoría propia de la especificidad de su pensamiento: el de la persona humana. Su discurrir analítico ofrece una visión de la relación hombre-historia que va desde los orígenes de la cultura occidental hasta el período democrático. Este recorrido presenta al hombre como el ser que ha tenido que soportar la pesada carga de la historia, y a la historia como el espacio de la consumación progresiva de un sacrificio: el de la persona humana; sacrificio que se ha hecho más evidente a causa de la democracia.

**Palabras clave:** María Zambrano, persona, democracia, conciencia histórica.

#### Abstract

This article reveals some thoughts which María Zambrano proposes in her book *Person and Democracy*; and more concretely, studies the particular category of the specificity of her thought: that which deals with the human being. Her analytical thoughts offer a vision of the relation man-history which proceeds from the origins of occidental culture to the democratic age. This overview presents man as a being that has had to support the heavy burden of history, and presents history as the space of the progressive consumation of a sacrifice: that of the human being; a sacrifice which has become more evident because of democracy.

**Key words:** María Zambrano, person, democracy, historical conscience.

La gran herencia del mundo griego ha sido el descubrimiento del *logos*. *Logos*, en tanto que razón y *logos* en tanto que palabra. Y hoy, como entonces, *logos* que, como razón, se hace palabra y se interroga por el ser y por el quehacer del hombre.

Este *logos*, en su principio enriquecedor, que construyó los cimientos de nuestro devenir cultural, engendró y ha nutrido a toda la Filosofía, desde los presocráticos hasta nuestros días, puesto que *la filosofía se muestra, ya desde sus orígenes, como la afirmación del hombre en el mundo, mediante el ejercicio del "logos" en su vertiente discursiva, en cuanto modo más adecuado de dar razón del mundo y de la vida desde el hombre*<sup>1</sup>. Pero, con el discurrir histórico, esta misma razón y esta misma palabra perdieron su camino inicial y se distorsionaron, se rebelaron contra el hombre que los develó y, al dislocarse, han deformado el mundo del ser y del quehacer del hombre.

Razón ésta que distorsiona al ser, al distanciar al hombre del otro, pervertiendo su yo, su voz, su intersubjetividad, de tal manera, que al perder su palabra, y al desarrollar un monólogo petrificado, pierde su comunicación con el otro, pierde su capacidad de diálogo, su capacidad para expresar lo que sabe, siente y hace y por consiguiente ya no se reconoce como sujeto o como persona. Razón ésta que distorsiona su quehacer por cuanto le propone una praxis individualista que restringe toda posibilidad de libertad, libertad del quehacer; ya que el saber científico tecnológico -producto de la inteligencia del hombre- lejos de ser una fuerza de cambio, humanizadora, se convierte en un poder, en una estructura autónoma que lo lleva a la enajenación y a la despersonalización.

Esta doble distorsión conduce al hombre a una contradicción irreconciliable entre la objetividad de su quehacer y su subjetividad como persona, ejes básicos de toda actividad cultural; pues esta cultura del "logos discursivo"

*que en su aplicación técnica ha llenado la vida de maravillas mecánicas, (sin embargo) ha dejado el corazón del hombre vacío... "no le ha dado 'ideas vigentes', convicciones y no ha sido capaz de hacerle participar en su actividad creadora ni hacerle creador también"*<sup>2</sup>.

- 1 JIMENEZ, J., "El pensamiento de María Zambrano: una entrañable mirada a lo humano", en *Religión y Cultura*, n. 197, 1996, p. 379.
- 2 JIMENEZ, op. cit., p. 388-9, citando a ZAMBRANO, M., *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, 1987, p. 62.

Contrariamente, María Zambrano cree que ha llevado al hombre a edificar un mundo, desde su soledad, desde su orfandad, mundo que *se extiende como una llanura donde ni nostalgia ni esperanza pueden aparecer*<sup>3</sup>. Esta postura zambraniana encuentra un correlato filosófico, una identidad conceptual, una intertextualidad teórica en algunas reflexiones filosóficas de Hannah Arendt que, dirigidas al análisis de la condición humana, se centran en *nada más que pensar en lo que hacemos... pues los hombres, en plural, o sea los que viven, se mueven y actúan en este mundo, sólo experimentan el significado debido a que se hablan y se sienten unos a otros a sí mismos*<sup>4</sup>. De esta manera, al hombre se le quebranta su posibilidad de pensar en lo que dice y hace, se le impide lo que para Hannah Arendt es primordial: el discurso y la acción; y se le obliga a una huída, la huída del mundo al yo, que atenta contra *esas generales capacidades humanas que surgen de la condición del hombre y que son permanentes, es decir, que irremediablemente no pueden perderse, mientras no sea cambiada la condición humana*<sup>5</sup>.

María Zambrano, filósofa de nuestro tiempo, intuye con especial lucidez que los conflictos en la historia occidental están referidos al hombre, a su origen y a su historia. Ella intenta con su especulación filosófica despejar el campo gnoseológico del hombre, dado que

*occidente se ha erigido... sobre un esencial racionalismo, entendido éste no como teoría filosófica sino como el imperio de una razón definida por sí misma como justicia y equilibrio... [que] tornaba al mundo comprensible apartando al hombre, agradecido y sumiso, de la dolorosa confusión de sus orígenes: de su vida*<sup>6</sup>.

Este racionalismo, asiento histórico de occidente, que preconiza el *triunfo de la razón en su vertiente lógico-dialéctica, del optimismo racionalista*<sup>7</sup>; *logos absolutista*, que se consume en nuestros días, intentó privilegiar a la razón como único criterio de verdad, ya que creyó que era absolutamente necesario

3 ZAMBRANO, M., *Persona y Democracia*, Siruela, Madrid, 1996, p. 12.

4 ARENDT, H., *La Condición Humana*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 17.

5 ARENDT, H., op. cit., p. 18. Hannah Arendt habla de una doble huída: huída de la tierra al universo y del mundo al yo; sin embargo, nosotros por razones del tema solamente tomamos en cuenta la segunda; es decir, la huída del mundo al yo.

6 MAILLARD, CH., *La Creación por la Metáfora. Introducción a la Razón-Poética*, Anthropos, Barcelona, 1992, p. 22.

7 JIMENEZ, J., op. cit., p. 380.

*extender sin más los principios de la Razón a la realidad toda... [tratando de lograr que] la realidad sea, al par, una y transparente por entero a la razón... [y pretendiendo asumirse como el único] instrumento y medio de la voluntad de ser, de la voluntad de poderío del hombre occidental<sup>8</sup>.*

Todo esto ha traído como consecuencia la descalificación y el relegamiento de todo otro criterio que quisiera erigirse con el mismo propósito. Por ello afirma que,

*si cada época se justifica ante la historia por el encuentro de una verdad que alcanza claridad en ella, la época actual se justifica por el reencuentro con el hombre como persona y por el hallazgo de que sólo es posible alcanzar la realidad con el uso combinado de todas las facultades humanas<sup>9</sup>.*

Esta afirmación la empuja a proponer como válidos el contraponer a lo estrictamente racional, *-que ha realizado la abstracción del tiempo, ya que una vez descubiertas las verdades racionales, aparecían como perennes<sup>10</sup>-* otras dos formas del conocimiento humano que fluyen de la capacidad intelectual del hombre, que son: la historia y la poesía. Siendo definidas ambas, en los términos de que *la poesía es una especie de intuición de la sensibilidad, [y] la historia es un procedimiento de análisis psicoanalítico de nuestro subconsciente colectivo<sup>11</sup>*. Ellas, tanto la historia como la poesía -a pesar de haber sido relegadas por lo racional- se convierten en medios fecundantes suficientes para conducir explícitamente el rumbo epistemológico humano.

María Zambrano, al preocuparse por la condición humana, por la condición trágica del origen y de la inserción socio-política del hombre en la historia, llega a elaborar una construcción teórica que se materializa en una preciosa obra de filosofía política: *Persona y Democracia*. Texto que se cimenta sobre una hermosa combinación entre reflexión, palabra profunda, filosofía y palabra artificiosa, imaginación, intuición, prosa poética. Creación filosófica que *-grosso modo-* define al hombre como el ser que ha tenido que soportar la pesada carga de la historia; historia que como sacrificio se ha hecho más evidente a causa de la democracia.

8 ZAMBRANO, M., op. cit., p. 111.

9 ORTEGA MUÑOZ, J., *Introducción al pensamiento de María Zambrano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 52s.- El autor alude en nota a ZAMBRANO, M., *La confesión: género literario y método*, México, 1943.

10 ZAMBRANO, M., op. cit., p. 112.

11 ORTEGA MUÑOZ, J., op. cit., p. 53.

Este nuestro camino reflexivo pretende realizar una exégesis de esta obra. Comenzando con una lectura comprensiva, objetiva, general del pensamiento político que María Zambrano presenta en esta obra en particular; a saber, *Persona y Democracia*. En este sentido, hemos de ceñirnos -lo más posible- al texto zambraniano, para luego intentar abordar analíticamente, una categoría de interpretación filosófica. Esta categoría, propia de la especificidad de su pensamiento -en este texto- es la de persona humana.

Al emprender este recorrido, encontramos que el origen de nuestra cultura deviene trágicamente<sup>12</sup> de dos tradiciones o culturas. La primera tradición, con una fundamentación divina, es la del Antiguo Testamento. La segunda tradición, de origen humano, proviene de la cultura griega. En ambas el hombre se presenta como el protagonista trágico y su tragedia se funda entre el nacer, el ser y el conocer.

Para la primera tradición, la del Antiguo Testamento, tradición anegada de plenitud religiosa, el conflicto se instaura a través de la Palabra del Dios que crea al hombre a su imagen y semejanza y por la palabra del hombre creado (Job) que, a pesar de su origen divino, toma conciencia y exige una explicación *de las tres condiciones que delimitan la condición humana: nacer oscuramente, haber de morir, soportar mientras dure esta vida pasajera, la injusticia*<sup>13</sup>. Este conflicto, sin embargo, se solventa para el hombre por el hecho de haber sido creado *a imagen y semejanza* de, por el hecho de ser, de existir, siendo la condición de su humanidad la de habitar el mundo.

Para la segunda tradición, la del mundo griego, tradición anegada de plenitud poética, el conflicto del hombre se muestra en dos personajes que encarnan la tragedia de la condición humana: Prometeo y Edipo, cuyo conflicto no se plantea en términos de haber sido creados *a imagen y semejanza, no en términos de "existir" de "ser o no ser" sino en términos de conocimiento*<sup>14</sup>; puesto que el hombre todavía no sabe quién es. Este conflicto se solventa con un *despertar*, pues

*en el siglo VI antes de Cristo se vivió este momento luminoso del despertar con sus dioses correspondientes, con sus sabios mediadores que ten-*

12 Creemos que ella utiliza la categoría *tragedia* por dos razones. La primera, porque asume la conjunción filosofía-literatura, y la tragedia es uno de sus géneros. La segunda razón, porque en la tragedia -como ella misma lo afirma- los actores actúan sin saber; siendo sus mejores prototipos Prometeo y Edipo que son víctimas de los dioses omniscientes.

13 ZAMBRANO, M., op. cit., p. 71s.

14 ID., p. 73.

*dían un camino a los hombres, y en consecuencia ya dependía de ellos en buena parte transitar por él*<sup>15</sup>.

Y es por este enfrentamiento existencial bajo el Dios único y contra los dioses griegos que María Zambrano cree que el hombre asume la conciencia de ser hombre, del saberse hombre, al descubrir una senda que se abre en el enigmático mundo divino, continúa por la imprevisibilidad y fragilidad de los hechos naturales y se constituye en verdadero camino con el descubrimiento del pensamiento filosófico-científico. Por consiguiente, hombre, no solamente definido como indigencia, ignorancia y libertad, [sino] *que el hombre mismo se constituye en horizonte y dintel a la par de su historia*<sup>16</sup>.

Esta declaración de su existencia como hombre viene asegurada así, por un lado por el cristianismo, que lo presenta como *horizonte... porque el ser hombre se convierte en meta, en finalidad a alcanzar, en algo que hay que buscar y proponerse*<sup>17</sup>. Por otro lado, la filosofía griega encontró para el hombre un orden racional, que le aseguraba una estabilidad y lo liberaba de la venalidad de la multitud de los dioses griegos. Orden que

*es en esencia la "naturaleza" todavía en nosotros: un orden racional y viviente que se produce independientemente de nuestra voluntad [y que descubre al hombre] en tanto que ser, como orden, como ley y armonía. Naturaleza, la humana, racional, en modo inmediato*<sup>18</sup>.

Ante la aparición de esta conciencia que evidencia al hombre como una realidad en cuanto hombre, la historia se proyecta como la concreción de dos propuestas. La primera, es la de ser expresión de la lucha por lograr la consolidación de la condición humana como existencia inalienable. La segunda expone la necesidad de encontrar un espacio, un ámbito, un escenario propio para esta naturaleza: la humana. Y como se trata de

*humanizar la historia y aun la vida personal, [ella quiere] lograr que [esta misma] razón se convierta en instrumento adecuado para el conocimiento de la realidad, ante todo de esta realidad inmediata que para el hombre es él mismo; el que la realidad viviente comience a sernos asequible; nuestra propia realidad*<sup>19</sup>.

15 ID., p. 106.

16 ID., p. 73.

17 ID., p. 74.

18 IBIDEM.

19 ID., p. 115.

Por esta creencia en el hombre, por esta fe humanista, María Zambrano toma como vía alternativa que explicita a ese mismo hombre, a la historia, es decir, a la diacronía. Para llevar a cabo su cometido,

*intenta adentrarse en los infiernos del subconsciente individual e "histórico" en la búsqueda de la identidad de mi yo como persona, como partícipe de la identidad de un pueblo y como expresión de la realidad misma del ser del hombre; más aún, como "postulados" de esa misma realidad individual y social*<sup>20</sup>.

En esta ruta histórica creemos que se arriba a dos de los postulados que la conforman y que -a pesar de que no aparecen explícitamente expuestos- se imbrican, entretejen su desarrollo armónico, fluyen de manera constante. Ellos son el elemento político y el elemento social. Elementos implícitos en el decurso textual y que, a su vez, se constituyen como rudimentos fundamentales del principio de verdad y de la reflexión filosófica de María Zambrano.

El primero de ellos es el elemento político, que necesariamente está en el substrato de toda concepción del mundo, de su propia concepción del mundo, de su conciencia de estar en el mundo, de su modo de ser. Política que, como esfera de la "existencia auténtica", [constituye] *el lugar exclusivo y privilegiado donde le es dado al hombre realizarse en cuanto hombre*<sup>21</sup>; puede ser definida como el quehacer cotidiano que conjuga lo individual y lo colectivo; actividad reflexiva colectiva que aboga por una asociación necesaria de intereses, y que es considerada como *la actividad más estrictamente humana* [debido a que] *su análisis nos descubre los mayores dramas, conflictos y glorias del hombre*<sup>22</sup>.

Política que sella la obligación por la creación de un mundo verdaderamente humano y que en María Zambrano se cristaliza en lo que ella denomina la *conciencia histórica*; pues *toda política -nos dice- supone idealmente una conciencia histórica, es su alumbramiento, [y al mismo tiempo] se dirige a un futuro, lo crea*<sup>23</sup>.

Conciencia histórica que, en principio, evidenció a la historia como un fardo para la multitud que la padeció debido a que *no escrutaba su sentido, como si se tra-*

20 ORTEGA MUÑOZ, J., op. cit., p. 47s.

21 FLORES DARCAIS, P., *L' esistenzialismo libertario di Hannah Arendt*, en "Esistenza e Libertà", cit. por CRUZ, M., *Hannah Arendt pensadora del Siglo*, Introducción a ARENDT, H., de. cit., p. XVI.

22 ZAMBRANO, M., *Nuevo Liberalismo*, cit. por ORTEGA MUÑOZ, J., op. cit., p. 195.

23 ZAMBRANO, M., *ibidem*, p. 196.

*tase de un drama del cual la condición humana es la protagonista*<sup>24</sup> y en consecuencia le presenta al hombre como posibilidad y realidad, lo que le negó a la masa: *decidir, pensar, actuar responsablemente, o al menos asistir con cierto grado de conciencia al proceso*<sup>25</sup> que depende única y exclusivamente de los hombres.

Conciencia histórica que, al emanar del ser *persona*, se convierte en el elemento definidor y estructurador del hombre contemporáneo, -en tanto que ser histórico-. Conciencia que aparece como un *despertar*, lucidez plena que lo hace ver y ser visto, que lo muestra, lo asoma; lucidez cuestionadora que hace la luz sobre todos los conflictos y ubica al hombre en la posición de asumir su propia autonomía como persona y como sociedad y lo obliga a construir una sociedad verdaderamente humanizada, armónica con el despertar de esta conciencia, y a dirigir esa su *dimensión irremediable* que es la historia.

Dimensión específica porque el *ser del hombre es ser-en-el-tiempo*<sup>26</sup>, travesía por el tiempo en el que desenvuelve su proyecto de vida, en el que se juega lo más importante: su ser como persona. Dimensión que no puede soslayar *pues nada podrá dispensar al ser humano de abrazar su tiempo, su circunstancia histórica por mucho que le repugne*<sup>27</sup>.

El segundo de ellos es el elemento social, característico, también, de la conciencia histórica, por cuanto que la historia no es sólo una sucesión continua de acontecimientos, sino que en la historia se presentan situaciones límite que deben ser superadas; y en nuestra época, aun los progresos de la ciencia serán insuficientes *si no se resuelve el enigma de lo social*<sup>28</sup>. Entonces, este caminar en el tiempo no puede ser asumido solitariamente, pasivamente -como llevado de la mano del destino o acatando el designio de los dioses- sino activamente, responsablemente, solidariamente, moralmente, en convivencia; y

*convivir quiere decir sentir y saber que nuestra vida, aun en su trayectoria personal, está abierta a los demás, no importa sean nuestros próximos o no; quiere decir saber vivir en un medio donde cada acontecer tiene su repercusión, no por inteligible menos cierta; quiere decir saber que la vida es ella también en todos sus estratos sistema. Que formamos parte de un sistema llamado género humano, por lo pronto*<sup>29</sup>.

24 ZAMBRANO, M., *Persona y Democracia*, p. 23.

25 ID., p. 20.

26 MAILLARD, CH., op. cit., p. 25.

27 ZAMBRANO, M., op. cit., p. 36.

28 ID., p. 51.

29 ID., p. 25s.

Lo social, entonces, se convierte así en lo propio del hombre, *ese otro medio del que no puede evadirse: la sociedad*<sup>30</sup>.

Y a pesar de que la sociedad pareciera ser su condición esencial y su lugar específico, dado que en ella está la seguridad, la certeza y la tranquilidad de saber que somos *alguien*, que nos desempeñamos en *algo* y que por ese *alguien* y por ese *algo* nos reconocemos y somos reconocidos, sin embargo *algo en el ser humano escapa y trasciende la sociedad en que vive*<sup>31</sup>, algo que evita que el hombre sea sólo naturaleza, que lo distancia de las demás especies del planeta, algo que no se diluye en lo social y que propicia por tanto la existencia de la historia.

Historia que es *cambiar incesante, porque el hombre, su protagonista, es algo que no se agota en la historia, porque en alguna dimensión de su ser está más allá de ella. Y por eso la produce*<sup>32</sup>; más allá, transcendencia que muestra *al hombre como 'ser-en-la-posibilidad, pasión de trascendencia', "núcleo viviente que va más allá de donde está, que tiende a ser más allá de lo que es, que se sobrepasa"*<sup>33</sup>, y que pone *al hombre en busca de su ser: el hombre en su hacerse, [que lo impulsa a] ir "desde" algo "hacia" algo que está más allá... a seguir en marcha siempre más allá de donde se está; es adelantarse, en este caso a sí mismo, de continuo*<sup>34</sup>; porque *el hombre es criatura en trance de continuo nacimiento*<sup>35</sup>, algo que permite la existencia no de una sola sociedad -como lo es la naturaleza para los animales y las plantas- sino la existencia de distintos tipos de sociedades que fueron desapareciendo en el momento en que atentaron contra ese algo, es decir, cuando llegaron al borde de la deshumanización.

La historia, *ese saber acerca de lo temporal*<sup>36</sup>, ese discurrir implacable de un quehacer colectivo es para María Zambrano una pesada carga y por ello dirá *monstruo, pesadilla, ha llegado a ser la historia para nosotros en estos últimos tiempos*<sup>37</sup>. Es decir que, la historia, como espacio en el que el hombre se va haciendo, se construye y se transforma, transita, se realiza, actúa, se descubre, se re-conoce y se revela, renace, amanece, esperanza, futuro, *especie de aurora reiterada pero no lo-*

30 ID., p. 48.

31 ID., p. 145.

32 IBIDEM.

33 JIMENEZ, J., op. cit., p. 383, citando a ZAMBRANO, M., *Los sueños y el tiempo*, Madrid, 1993, p. 10.

34 MAILLARD, CH., op. cit., p. 60-61.

35 ZAMBRANO, M., *Persona y Democracia*, ed. cit., p. 143.

36 MAILLARD, CH., op. cit., p. 29.

37 ZAMBRANO, M., op. cit., p. 21.

*grada, librada al futuro*<sup>38</sup>; no se había mostrado completamente, pues a pesar de que algunos habían accedido a la conciencia, al despertar, sin embargo, la mayoría permanecía en el lugar del ensueño, de la alucinación, de la angustia:

*porque todavía el tiempo aquel en que somos conscientes y pensamos, el tiempo sucesivo en que ejercemos la libertad, no ha comenzado a transcurrir y no transcurrirá mientras no lleguemos a entrever la realidad que... es siempre la misma: el hombre*<sup>39</sup>.

Esa misma historia se muestra ante María Zambrano como una tragedia. Tragedia caracterizada por una incógnita, un desconocimiento, por *la ignorancia esencial de todo personaje trágico, que "no sabe lo que hace" y vive así dentro de su propio sueño, encerrado en él*<sup>40</sup>.

Y aunque todo el esfuerzo de la Sociedad Occidental se ha orientado hacia la construcción de una sociedad humanizada, motivada por su creencia en la realidad humana, por su lealtad humanista, de hecho, por paradójica, esta misma fe humanista ha creado el mayor obstáculo a su realización: el absolutismo; y más que ello, los totalitarismos de Estado que, afianzados sobre la soledad, el temor, la desconfianza y la carencia de identidad del pueblo al que somete, reafirma en el hombre su condición de inutilidad, de excedencia, anulan la existencia de la solidaridad y convierten al hombre en *puro número, mera agregación de personas, incapaces de integrarse en ninguna organización basada en el interés común*<sup>41</sup>. Este hombre, *al quedar reducidos en su condición a simple número, degradados bajo la categoría de cantidad*<sup>42</sup>, inicia su transformación en masa y consecuentemente se fomenta la necesidad de elaborar, como correlato inmanente, el endiosamiento de un personaje.

Esta historia trágica se sustenta sobre una estructura idolátrica que exige la presencia de un ídolo y de una víctima y que necesita la consumación de un sacrificio. Tragedia salida de las manos y del intelecto del mismo hombre que al querer

*afirmarse a sí mismo se ha tropezado consigo mismo, se ha enredado con su propia sombra, con su propio sueño, con su imagen; el sueño de su poder y aun de ser llevado al extremo, convertido en absoluto*<sup>43</sup> [pues], el

38 ID., p. 41.

39 ID., p. 21.

40 ID., p. 117.

41 CRUZ, M., "Hannah Arendt pensadora del Siglo", Introducción a ARENDT, H., *La Condición Humana*, Paidós, Barcelona, 1993, p. v.

42 JIMENEZ, J., op. cit., p. 381.

43 ZAMBRANO, M., op. cit., p. 77.

*error más grave a que la humana condición está sujeta no es equivocarse acerca de las cosas que le rodean, sino equivocarse acerca de sí mismo: trastocar lo que espera o quiere, disfrazarlo o confundirlo*<sup>44</sup>.

Y por el hecho de que el hombre se ha trastocado, se ha confundido, se ha endiosado, se ha moldeado una imagen que sobrepasa los límites de la humana condición, *una vida más que humana, una vida como se ha creído era la de los dioses: sin responsabilidad, ilimitada en poder y albedrío, sin necesidad de justificación... y el que se endiosa necesita verse y sentirse como un Dios para el otro*<sup>45</sup>; y al endiosarse, al hacerse absoluto, el hombre ha necesitado de una víctima.

María Zambrano cree que durante las crisis históricas y, sobre todo, bajo las ideologías totalitaristas, se desata un proceso de depredación, de devastación del hombre en las que -literalmente hablando- el hombre es un lobo para el hombre. Depredación que se explica a través de la presencia de alguien, el que se endiosa, que asume y ejerce una postura deífica y lo hace a expensas de la condición humana particular del otro. Este otro, es alguien que se degrada, puesto que al endiosar, al otorgarle categoría divina a ese alguien, se transforma en una víctima. Por esta causa, la historia se ha convertido en la consumación progresiva del sacrificio de una víctima: la anulación del individuo o del hombre, en tanto que individuo, ya que la persona humana se irá revelando paulatinamente y sólo habrá de mostrarse, hará su aparición, más tarde, durante el período democrático.

Llegados aquí, creemos pertinente tomar el verdadero núcleo temático de nuestra meditación, que aparentemente no se había mostrado claramente. En este sentido, surgen las interrogantes primeras que dieron cuerpo a esta investigación. Son ellas: ¿quién es esa persona humana, objeto de especial atención por parte de María Zambrano?; ¿qué es lo que hay en la persona humana para que la sociedad quiera sacrificarla?; ¿por qué designar a ésta como persona humana y no como individuo, yo, pueblo, masa o simplemente hombre?; ¿por qué la historia en su transcurso no ha podido desarrollar una sociedad apropiada, perfectamente *natural*, digna de esta conciencia que es la persona humana?; ¿por qué es -precisamente- la democracia, la sociedad que evidencia el sacrificio?; y, más aún, ¿por qué es la democracia su sociedad propia?

Ella -la noción de persona-, como idea medular, vemos que se desarrolla, se desenvuelve paralelamente vinculada con estas otras nociones que inciden colateralmente en su decurso filosófico y que, a su vez, constituyen categorías analíticas di-

44 ID., p. 48.

45 ID., p. 91.

ferenciales que contribuyen a una mejor delimitación y configuración del concepto a develar; y que, por tanto, posibilitan su inteligibilidad.

En la búsqueda por despejar el contenido semántico de esta categoría, es conveniente comenzar dilucidando el concepto de individuo. Entre el hombre y la sociedad se efectúa una estrecha relación. Relación que es necesaria dado que ambos -hombre y sociedad- no son entidades aisladas, autárquicas, autosuficientes. Es imposible concebir a un hombre virtual, potencial -en latencia- que pudiera ser insertado en la sociedad; igualmente es imposible anteponer la existencia de la sociedad, sin el concurso de sus integrantes; pues ello implicaría conceptualizarla como un *abstractum*, un vacío, un receptáculo.

Esta relación que debía ser armónica, sin embargo no lo es para María Zambrano. Ella ve una primera fractura que dicotomiza la relación hombre-sociedad, cuando presenta por un lado a los individualistas que resaltan la actuación del individuo y por otro lado a los que privilegian la existencia de la sociedad o del Estado específicamente. Ambas posturas son erróneas -según afirmación de María Zambrano-, puesto que el individuo no es sólo *un momento* del espíritu, ni la sociedad es la sumatoria de sus individuos.

Esta contradicción insalvable lleva a María Zambrano a hurgar en el origen del *individuo*, encontrando que históricamente *el ser individuo comenzó, pues, por ser un privilegio que hundía sus raíces en lo sagrado. Se era uno por privilegio divino, por ser hijo, encarnación de un Dios y, por tanto, un ser aparte*<sup>46</sup>. Por esta postura absolutista, el individuo lo es, no porque hubiese descubierto él su cualidad de individuo, sino que le viene dado, impuesto por una máscara -no humana- sino divina y en consecuencia *es sobrehumano por virtud de una divinidad que le sitúa aparte y sobre los demás hombres*<sup>47</sup>; siendo este individuo, absoluto, sobrehumano, único, propio de las sociedades primarias.

Mas en la medida en que el hombre fue accediendo a la vida ciudadana, en esa misma medida fue quitándose las máscaras que le fueron impuestas y fue asumiéndose de otra manera; y es precisamente para María Zambrano en la ciudad griega, en la *polis*,

*un espacio más neutro, menos cualificado, menos cualitativo, de donde ha desaparecido por el pronto lo sagrado específico. Un medio sin cuali-*

46 ID., p. 131.

47 ID., p. 132.

*dad sagrada ninguna, por lo tanto netamente humano, ...donde aparece el individuo, donde se manifiesta y existe*<sup>48</sup>;

hace su aparición así, el primer individuo, aquel individuo humano que se presenta cumpliendo una función: la de ser político, *el hombre que conduce los destinos de la patria, el hombre civil que tiene este arte. La ciudad, la "polis" exigirá para su existencia ya desde el principio, la existencia del político, del hombre especialmente dedicado a ella*<sup>49</sup>. En este sentido es imprescindible repetir las palabras de María Zambrano cuando dice que *la polis podría haber dicho a sus ciudadanos: "de que seas un hombre depende mi existencia"*<sup>50</sup>.

Entonces, una praxis, una ocupación, la función del ejercicio civil, prevaleció en el origen de este individuo, de este ciudadano, el político. Función que se ejercía en la *polis*, dado que es allí donde *por primera vez el hombre trataba con el hombre como tal, la convivencia se establecía en virtud de la simple condición humana, si bien restringida a los ciudadanos libres*<sup>51</sup>. Por este hacer se hicieron ambos indisolubles, tanto que Sócrates *prefiere la muerte en ella a vivir desligándose de ella*<sup>52</sup>. Se podría afirmar que, efectivamente, *la ciudad ya está ahí cuando el individuo nace; mas él ha de hacerla, sin tregua*<sup>53</sup>. Hacerla, construirla -y aquí coincidimos con la perspectiva teórica arendtiana- no como *la ciudad-estado en su situación física*, sino como

*organización de la gente tal como surge de actuar y hablar juntos, y su verdadero espacio se extiende entre las personas que viven juntas para este propósito, sin importar donde estén... Se trata del espacio de aparición en el más amplio sentido de la palabra, es decir el espacio donde yo aparezco ante otros como otros aparecen ante mí, donde los hombres no existen meramente como otras cosas vivas o inanimadas, sino que hacen su aparición de manera explícita*<sup>54</sup>.

Sociedad que funda su sentido, su posibilidad y su realidad en la actuación específica del individuo que la conforma; actuación que lo muestra como político que se desempeña en el ejercicio de la ciudadanía, con una función específicamente social, ya que se desenvuelve en una red de relaciones sociales propias del *espacio vi-*

48 ID., p. 133.

49 ID., p. 132.

50 ID., p. 142.

51 ID., p. 140.

52 ID., p. 141.

53 IBIDEM.

54 ARENDT, H., op. cit., p. 221.

viente que es la ciudad, donde la condición humana se revela. Individuo, humano, en un espacio, el

*espacio de la discusión, de la libre expresión del pensamiento; el espacio donde el pensamiento, la palabra existe por primera vez. La palabra que es arte y pensamiento. Arte porque debe persuadir. Pensamiento porque es la revelación correspondiente a un espacio que el hombre abre, de un espacio donde los dioses no cuentan; pues sin que sean negados, es como si no existieran*<sup>55</sup>.

Pero el individuo humano, el que dispone de un tiempo propio para evidenciarse como tal, es el de la sociedad de nuestros días. El individuo que se describe como *distinción, variación, algo cualitativamente diferente*<sup>56</sup>. Descripción que alude a *lo que hay de irreductible en el hombre concreto individual, mas en sentido un tanto negativo*<sup>57</sup>, en tanto que alberga una posibilidad antagónica. Y es este rasgo distintivo, este irreductible, el que lleva a los regímenes totalitarios al exterminio, a la supresión en masa, y más que ello a tratar de satisfacer su necesidad de crear *una sociedad donde ningún individuo se distinguiese, fuese visible, discernible... una sociedad homogénea, donde ni siquiera el cambio de generaciones introdujese una variación*<sup>58</sup>; llegando al extremo de querer establecer *un sistema en el que los hombres sean superfluos*<sup>59</sup>.

Empero, la evolución histórica es introducida por los cambios que cada generación produce, aún involuntariamente; y aunque María Zambrano suponga una sociedad que haya eliminado el rasgo individual y por ende la posibilidad de transformación, aún así, ella asegura que las nuevas generaciones al encontrarse con una realidad nueva, diferente a la anterior, propiciarían un cambio histórico, por cuanto que la variación histórica

*depende igualmente de que ser hombre es ser persona y persona es soledad. Una soledad dentro de la convivencia. Y allá, en ese fondo de la soledad en que vive cada hombre, se mira y se ve, se piensa luego. Por ello, nadie que viva como persona puede estar enteramente adherido a modo de vida alguno*<sup>60</sup>.

55 ZAMBRANO, M., op. cit., p. 134.

56 ID., p. 156.

57 ID., p. 169.

58 ID., p. 156.

59 CRUZ, M., op. cit., p. v.

60 ZAMBRANO, M., op. cit., p. 157.

Para consolidar, para afianzar lo incipiente de nuestro estudio, se nos hace importante establecer algunas peculiaridades, no diferenciales entre el individuo y la persona. María Zambrano sostiene que

*la persona incluye al individuo y además insinúa en la mente algo de positivo, algo irreductible por positivo, por ser un "más"<sup>61</sup> y es algo más que el individuo; es el individuo dotado de conciencia, que se sabe a sí mismo y que se entiende a sí mismo como valor supremo, como última finalidad terrestre y en este sentido era así desde el principio; mas como futuro a descubrir, no como realidad presente, en forma explícita<sup>62</sup>.*

De modo que la persona implica al individuo, en la medida en que se asemeja a él, en la medida en que necesita como él de la sociedad, es decir, pertenece a ella. Y aunque el individuo es definible, es caracterizable por su capacidad de ser distinción, unicidad, originalidad, visibilidad, apertura al cambio; no obstante hay una singularidad en la persona que se encarna, que se expresa a través de un *más*, de un irreductible, que rebasa, que es trascendente y que se evidencia principalmente en el modo como la persona acoge el tiempo, dado que

*lo primero que al hombre se le parece haber concedido, es una especie de vacación; para darse a conocer; una salida por donde asomarse a tener un nombre; un tiempo para buscarse y una pausa para reconocerse y reconocer, para identificarse. Un tiempo y un lugar sobre la vida animal que no tolera pausa, ni salida<sup>63</sup>.*

Esta vacación, este vacío en el tiempo, esta interioridad, -característica del ser persona-, es el lugar *donde reside la verdad, [que] es soledad<sup>64</sup>*. Este ser persona, como verdad y soledad, se determina por la manera especial como dispone de un tiempo, el *tiempo de soledad*, el tiempo de la intimidad, el tiempo del consigo mismo, que le permite al hombre pensar, darse cuenta de sí mismo, identificarse. Es un tiempo de soledad, del reposo, en el que *el hombre puede y aún tiene que detener este "tener que estar viviendo" para entrar en sí, en ese lugar donde su soledad le aguarda<sup>65</sup>*.

No obstante, este tiempo de soledad, no es signo de aislamiento, por el contrario es el tiempo del vivir humanamente, para estar con el otro, es un *espacio íntimo*,

61 ID., p. 169.

62 ID., p. 130.

63 ID., p. 150.

64 ID., p. 151.

65 ID., p. 150.

un íntimo, intransferible, de nuestra soledad, donde, por momentos, estamos en comunicación con todos los tiempos, con todas las formas de convivencia<sup>66</sup>, que permite el conocimiento de sí mismo, del saber *quién está ahí*, quién vive y quién piensa, quiénes somos; pues *además de vivir como el animal, [se] vive de otra manera*<sup>67</sup>; donde reside la persona como *algo original, nuevo, realidad radical irreductible a ninguna otra*<sup>68</sup>, siendo su ámbito

*un íntimo espacio. Y en él, sí, reside un absoluto. No en otro lugar de la realidad humana. Nada que en nosotros haya sido, nada que sea nuestro producto es absoluto, ni puede serlo. Sólo lo es eso desconocido y sin nombre, que es soledad y libertad*<sup>69</sup>.

Esta soledad y libertad, este intangible, esta *intimidad invisible* engendra a la persona como una realidad absoluta, última, y a pesar de ser *irreductible a ninguna cosa definitiva, a ningún hecho, aunque sea un hecho de conciencia, ni a los sucesos de nuestra vida psíquica, está envuelta en ellos, pero los penetra y los conforma*<sup>70</sup>. Sin embargo, esta condición de indefinible permite la aseveración de que *hay algo irreductible a definición en la singularidad ingeneralizable de la persona*<sup>71</sup>; y más aún por su carácter de intangible se podría intentar algún tipo de aproximación determinativa al decirse que el ser persona se anuncia en el instante y el espacio del despertar, del revelarse, del asumirse a vivir desde el *¿quién es?* y no desde el *¿qué?*, pues

*cuando se es quién, por este "ser" [se es] un ser que no es cosa, que no es tampoco acción, sino sujeto y fuente de ella, el quién que es autor*<sup>72</sup>; [porque este ser persona es] *nuestra íntima, única verdad [y no] podemos dejarla inerte, como yacente y dormida [sino que] se requiere la decisión de invocarla y, una vez despierta, vivir desde ella*<sup>73</sup>.

Esta persona, configurada como sujeto, autor, quién, alberga otra peculiaridad. Particularidad que la refuerza en su identificación, por la vía de la diferenciación, pues la distancia del yo. Así María Zambrano asevera que

66 ID., p. 28.

67 ID., p. 150.

68 ID., p. 77.

69 ID., p. 157.

70 ID., p. 158.

71 ORTEGA MUÑOZ, J., op. cit., p. 203.

72 ZAMBRANO, M., op. cit., p. 158.

73 IBIDEM.

*la persona incluye al yo y lo trasciende, pues el yo es vigilia, atención; inmóvil es una especie de guardián. La persona, como su mismo nombre indica, es una forma, una máscara con la cual afrontamos la vida, la relación y el trato con los demás, con las cosas divinas y humanas*<sup>74</sup>.

Esta conformación de la persona como máscara, extiende su significación más allá de su carácter relacional; más allá del vínculo que la persona establece con su circunstancia histórica y con lo solidario humano. Máscara significa vestidura, cubierta; y no debe entenderse jamás como traje, ...*producto de mimetismo, sino [como] envoltura necesaria*<sup>75</sup>, con la que se ofrece y se proyecta el hombre con toda la integridad de su existencia sobre el tiempo histórico. Integridad del hombre como persona que puede verse vulnerada cuando se tiene la conciencia de *pesar* sobre otras personas. En este sentido,

*esta persona es moral, verdaderamente humana, cuando porta dentro de sí la conciencia, el pensamiento, un cierto conocimiento de sí mismo y un cierto orden, cuando se sitúa previamente a todo trato y a toda acción, en un orden; cuando recoge lo más íntimo del sentir; la esperanza*<sup>76</sup>.

Mas, ¿por qué esta persona que es conciencia moral, esperanza, ha de ser sacrificada? ¿Qué es lo que existe en la persona humana para que la sociedad exija su sacrificio?

La historia de la cultura occidental se ha caracterizado -según María Zambrano- por ser la historia de un sacrificio: sacrificio trágico o sacrificio idolátrico; y en ambos el sacrificio es humano.

En términos generales, todo sacrificio necesita de lo sacrificado, puesto que de éste depende su afirmación y su reconocimiento. De hecho, en los antiguos sacrificios los dioses inateriales, abstractos, se alimentaban de algo concreto, existente: el corazón o el cerebro humano. En el sacrificio de nuestros días, se sacrifica aquello que se desconoce, que no tiene figura, intangible del que sólo se sospecha su existencia; y, contradictoriamente entonces, al requerir su sacrificio, se está reconociendo su valor y su realidad. Por ello, el sacrificio de la persona humana resulta un contrasentido, una paradoja, que María Zambrano explica cuando asevera que es un sa-

74 ID., p. 101.

75 ID., p. 88.

76 ID., p. 101.

crificio antitético, antinómico, contradictorio, invertido, pues se está sacrificando lo que tiene un verdadero valor; es decir, *lo que más vale se sacrifica*<sup>77</sup>.

En este sacrificio -por antítesis- se acepta, se reconoce, se reafirma lo que se niega: la persona humana que, aun siendo básicamente autor, ha sido reducida a ser actor, a *ser movido sin saber por qué, sin saber por quién... ser movido desde fuera de sí mismo*<sup>78</sup>. De manera que *en el sacrificio invertido, al autor se le obliga a ser actor simplemente*<sup>79</sup>. De modo que, al pedir el sacrificio de la persona humana, por su condición de ser autor, de ser creador -condición que comparte con los dioses-, se está pidiendo el sacrificio de eso que *es lo más viviente de la vida humana, el núcleo viviente capaz de atravesar la muerte biológica que, abierta al futuro, se abre a la infinitud*<sup>80</sup>; ya que como imprevisibilidad y como proyección al futuro se opone tajantemente a la condición de ser actor y, al absolutismo que implica *un quedarse encadenado en un momento absoluto, y en él, detenerse o abismarse*<sup>81</sup>. En consecuencia, a través de la historia, el hombre ha tenido que ser actor sacrificando al verdadero autor.

Esta transgresión de los valores de la persona humana -que posibilita al sacrificio- ha sido posible, en primer lugar porque al actuar, al representar un personaje ficticio, el actor asume como suya, como su propia imagen, a esa representación, a ese personaje que le ha sido inventado, entregado para ser puesto en escena, debido a que *en la acción histórica es difícil que el sujeto de ella no sea el personaje que nos hemos forjado*<sup>82</sup>; y *el personaje, por muy histórico que sea, lo representamos, mientras que persona, lo somos*<sup>83</sup>. En segundo lugar, en la historia, *la verdadera persona está sojuzgada, yace víctima del personaje que lo substituye*<sup>84</sup>; por cuanto ha hecho sucumbir su ser persona ante la ilusión del personaje que le ha tocado interpretar.

Esta persona humana -históricamente sacrificada en su condición de ser autor- *es una persona real, con sustancia propia [y no] el personaje inventado, máscara*

77 ID., p. 155.

78 ID., p. 20.

79 ID., p. 158.

80 ID., p. 159.

81 ID., p. 202.

82 ID., p. 101.

83 ID., p. 60.

84 ID., p. 102.

*de un delirio... [puesto que] cuando somos nosotros mismos en unidad; desaparece el personaje que nos hemos forjado*<sup>85</sup>.

Pero, si la historia no ha podido desarrollar una sociedad perfectamente natural, digna de esta persona humana, sino que por el contrario ha sido su lugar de martirio, ha llegado el tiempo de que la historia deje de ser *representación, figuración hecha por máscaras, para ir entrando en una fase humana... sin ídolo y sin víctima, según el ritmo de la respiración*<sup>86</sup>. Para María Zambrano, entonces, la historia tendrá que plantearse como meta el albergar y revelar la presencia de la persona, como valor supremo y como finalidad última.

Este espacio histórico de libertad viene sugerido por la misma persona humana en tanto que en *este recinto cerrado que parece constituir la persona*<sup>87</sup> existe un lugar íntimo donde está la presencia de los otros, la conciencia de ser similitud, semejanza, ya que *en cada hombre están todos los hombres*<sup>88</sup>. Este despertar de la conciencia de ser persona, repetición del nacer, constante entrada y constante salida, lo hace solidario con el otro hombre, con el resto de los otros hombres. Por este punto de analogía, el hombre como persona puede despojarse de su historia trágica, puede quitarse la máscara de personaje que llevó durante largo tiempo y queda *disponible para elegirse como persona. Y no es posible elegirse a sí mismo como persona sin elegir al mismo tiempo, a los demás. Y los demás son todos los hombres*<sup>89</sup>.

Esta elección, obviamente hecha por el hombre, se inserta, concretamente, dentro de un régimen político específico: el sistema democrático. Sistema que se tipifica como propio del pueblo y para el pueblo. Sistema en el que el pueblo -como cuerpo democrático- se describe en tanto

*que su realidad y su valor reside simplemente en estar compuesto de hombres, de seres humanos [y porque] en él aparece la realidad humana sin aditamento alguno. El hombre del pueblo es simplemente, el hombre. Y su figura es la primera aparición de la persona humana, libre de personaje, de máscara*<sup>90</sup>.

María Zambrano cree que la sociedad que podría albergar a la persona humana es definitivamente la democrática. Ella asevera que *la democracia es el único ca-*

85 ID., p. 101.

86 ID., p. 59.

87 ID., p. 26.

88 ID., p. 97.

89 ID., p. 208.

90 ID., p. 173.

mino para que prosiga la llamada *Cultura de Occidente*<sup>91</sup>. Sociedad democrática que será una realidad si, en primer lugar, elimina el *desideratum* de la historia pasada, el querer anular al hombre, alimentándose de él, hasta hacerlo desaparecer y, a su vez, logra constituirse de manera semejante, análogamente a la persona; es decir, *conformándose según la persona a su imagen y semejanza*<sup>92</sup>. Y, en segundo lugar, si consigue *el que aparezca la imagen de la persona humana de que se tenga conciencia de ella*<sup>93</sup>; porque ha llegado el tiempo en que el hombre se ha ido descubriendo no sólo como individuo, integrante de una sociedad, sino que se ha ido despertando como persona que vive, actúa y aparece en una sociedad y que ha abierto una brecha que se ha convertido en camino, por donde se le ha colado la conciencia histórica y la posibilidad de lograr una sociedad: *la casa que la naturaleza le había negado*<sup>94</sup>; sociedad que posibilitará el paso de una historia trágica, idolátrica, sacrificial, a una historia ética. Y, como María Zambrano alberga esta seguridad plena, esta creencia absoluta, esta clara certeza, esta convicción total, por ello, en consecuencia, ella la declara como *la sociedad en la cual no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona*<sup>95</sup>.

91 ID., p. 11.

92 ID., p. 192.

93 IBIDEM.

94 ID., p. 143.

95 ID., p. 169.